

VIENTO DE REFORMA.

CIERNO Y DOLORIDO ROMANCE DEL DOCTOR
HERRERA Y CAIRO.

El Doctor Herrera y Cairo
Era de virtud modelo,
En el cielo de la ciencia
Resplandeciente lucero,
Para los pobres, tesoro
Y sin par para el Gobierno,
Por su honradez sin mancilla,
Por su prudencia y su acierto;
Era liberal *dialtiro*,
De cristalino manejo;
Y cuando sin una tilde
Sosegado dejó el puesto
Sin una sombra en el alma
Y en la bolsa sin un peso,
Los unos le llaman grande,
Los otros le aman por tierno,
Jalisco, de su honra timbre,
Y la justicia su espejo.
El tras de cumplir su encargo
Como gobernante recto,
Se marchó para su hacienda
Del Ahualulco no lejos,
Y la caridad bendita
Y la ciencia á un tiempo *mesmo*
Su inteligencia halagaban
Y eran su dicha y recreo.

Desataba la reforma
Sus tempestades de infierno
Cubriendo de luto y sangre

Todo el mexicano suelo:
Sin valladar las matanzas,
El Ejército sin freno,
La razón eloquecida,
Sin Dios y sin honra el clero,
Lo salvaje con lo heroico
En furibundos encuentros,
La libertad calumniada,
Dios sirviendo de mampuesto
Para asquerosas intrigas
Y crímenes estupendos;
Zuázua ufano en Zacatecas
Con la expiación de Manero.
Juárez y *familia enferma*
Para el Manzanillo huyendo,
Y Miramón anunciando
Con relámpagos y truenos
La rota de la *chinaca*
De Carretas en el puerto;
En Guadalajara impera
Vano, finchado, soberbio
El General Casanoava,
Hombre de arrogante aspecto,
Blanco como el alabastro,
Frente calva, de ojos negros,
Del tiempo de los Vireyes
Residuo y recuerdo bélico;
Y está dándose barnices
De muy celoso y experto;
Pero en el fondo escuchando
Las sugestiones del miedo
Ordena que se persiga
Sin razón y sin criterio
A todos los que sospecha
Que evitaran el encuentro
De cierto jefe Monayo,
De cierto Coronel Piélagos,
Entre los *mochos* mirados
Como asesinos sangrientos.
Estos ardiendo en venganza,
Y de ira y de encono ciegos
Atropellan á los hombres
Y á los labradores quietos,
Llevando terror y espanto
Al corazón de los pueblos,

Y de un modo imtempetivo,
 O por mandato secreto,
 Van á donde Herrera y Cairo
 Tranquilo estaba viviendo,
 Y suponiendo asechanzas
 Y rencores suponiendo,
 Armas, municiones, tramas
 Y calumniosos enredos,
 Dentro de su hogar penetran
 Insultando al sabio médico,
 Y sus cómicas pesquisas
 Señalan con atropellos.
 En vano de su inocencia
 Dan testimonio los hechos;
 En vano á Piélagó cercan
 Los clamores y los ruegos;
 En vano á Monayo acuden
 Con la rodilla en el suelo;
 A Cairo ponen en filas
 Entre ultrajes y denuestos,
 Le atan, le cercan, le empujan,
 Y rendido y el aliento
 Ya en estertor convertido
 Parece lanzar sus restos.
 A Ahualulco llega Cairo
 Como el más monstruoso reo,
 Circundado del espanto
 Y de las iras del pueblo
 Que á su bienhechor contempla
 En tan horrible tormento.
 Sarcástico entonces pide
 Que dé Cairo diez mil pesos:
 Ya se juntan los vecinos
 Y van á reunir dinero;
 Que la ejecución suspenda
 A gritos piden á Piélagó;
 Y les responde disfraces
 Y moratorios pretextos:
 Yo siempre mato á este pillo
 Porque en mi alma lo aborrezco,
 Por liberal, por hereje,
 Y basta, que así lo quiero.
 Sangrando y de pie está Cairo
 El generoso, y el bueno;
 La tropa forma su cuadro,

El pueblo guarda silencio,
 Una voz como alarido
 Grita entre las filas ¡fuego!
 Queda tendido en la tierra
 Y en un mar de sangre el muerto;
 Y se disipa sin ruido
 Lleno de terror el pueblo.

A Guadalajara llega
 La noticia del suceso
 Y en un paraje escondido,
 De dolor y de ira ardiendo
 Los de medicina alumnos
 Se empeñan con juramento
 Tal hecho vengar con sangre
 Del vil Monayo y de Piélagó.

1895.

VIENTO DE REFORMA.

ROMANCE DEL BUENMOZO CASANOVA O SEA DE EMBESTIR DE TORO
Y CORRER COMO VENADO.

PARA TEMPLAR LA CUERDA.

Tronaba en los anchos cielos
Tempestuosa la Reforma
Ya presintiendo el desastre,
Ya coronada de gloria.
¡Sangre! clamaba el ambiente,
¡Sangre manchaba las rocas!
Y la sangre trascendía
En los templos y las chozas
Cual tremendo terremoto
Que raja el suelo do brota
El gemido de la tierra.
Y la llama asoladora.
Así por distintos rumbos
Los choques y las derrotas
Difundían el espanto,
Como en la mar tempestuosa
Rugen y se despedazan
Encontrándose las olas.
En Guadalajara impera
El General Casanova,
Ufano con los laureles
De las recientes victorias
De San Luis y Salamanca,
Que lo alzan y envalentonan,
Y de la prisión de Juárez
Que huye á las playas remotas;

Pero en el Sur de Jalisco
Santos Degollado asoma,
E impávido la bandera
De los libres enarbola.
Cunde el bélico entusiasmo;
¡Venganza! gritan las tropas,
Y así como en la hondonada
Hirvientes aguas se agolpan
Que bajan entre las quiebras
De las empinadas lomas,
Así á Degollado acuden
Entusiastas los patriotas,
Donde Ogazón les recibe,
Cruz Ahedo los alecciona,
Y les ofrece modelos
De valor, grandeza y honra
El sin par Silverio Núñez
Y el invencible Juan Rocha.
Allí la *chinaca* priva
Del temido Antonio Rojas,
Más que todos conocido
Por sus diabólicas obras,
Más que el tipo de dañoso,
Más malo que la langosta;
Mas en ciertas ocasiones
Sólo se miran las obras,
Y esas obras valen mucho
Si quitan á los que estorban:
Y esa *chinaca* recorre
Furibunda, asoladora,
Techolula y sus contornos,
En escursiones rabiosas.

II.

16 DE SEPTIEMBRE DE 1858.

Érase el mes de Septiembre,
Érase el mes de la patria,
En que los cañones truenan,
Pero en vez de matar cantan;
En que en lo alto de las torres
Se hacen rajas las campanas,
Y el sol de la independencía
Alza y alienta las almas;

Y en que conociendo el *mocho*
 Que manda en Guadalajara
 La ley del *Bagre* valiente
 Lo que halagándolo gana,
 Prepara fiestas rumbosas,
 Apresta juegos y galas,
 Y finge que quiere se eche
 La casa por la ventana;
 Deja al pueblo la costumbre
 De su patriótica frasca:
 Y atención noble auditorio,
 Que *adrede* quiero pintarla.

De la ciudad deliciosa
 En la simpática plaza
 Do la catedral domina
 Y el palacio se destaca,
 Alzándose San Francisco
 Como celosa avanzada,
 Al Norte los soportales
 Forman preciosa manzana,
 Do el comercio sus riquezas
 Ostenta en lienzos y alhajas.
 Y éste es el punto de cita
 De la hermosa aristocracia
 Que ilustran á competencia
 Sus galanes y sus damas.
 El cuadrado se transforma,
 Como por arte de magia,
 En cuatro regios salones
 Con espejos, con estatuas,
 Con pabellones de cintas
 Verdes, blancas y encarnadas,
 Con candelabros gigantes
 De centuplicadas llamas
 Que en la noche de la sombra
 Los tupidos velos rasgan;
 En los huecos de las puertas,
 Entre flores y entre ramas,
 Se ven de héroes las efigies,
 Cuadros con bellas estampas,
 Farolillos de colores,
 De *zúchil* y rosas sartas,
 En los aires los candiles,
 Los reverberos y lámparas

Se mecen, de luz reflejos
 Despidiendo en vivas ráfagas;
 Y en los ángulos vistosos
 En que rematan las salas,
 Las músicas estruendosas
 Se regocijan y cantan,
 Entregando entre perfumes
 Sus acentos á las auras;
 Y cuando en ese tumulto
 De luz, de flores y gasas,
 Aparecían las bellas
 Risueñas, enamoradas,
 Como sin tocar la tierra,
 Tiernas, espléndidas, aéreas,
 Siguiendo de la corriente
 Las olas que deslumbraban
 Con la rica pedrería
 De las valiosas alhajas,
 Al lado de los guerreros
 Que arrastraban sus espadas
 Y de imberbes amadores
 Que siguen como en bandadas
 Á las naves voladoras
 Las aves desde las playas;
 Se figurara la mente
 Lo que con la luz escasa
 Puede distinguir apenas
 Confundidas y borradas
 Del verjel que lindas flores
 Y claras fuentes esmaltan.
 Entre tanto el pueblo alegre
 Inunda la extensa plaza
 Al clamor de las vendimias,
 Al sonar de las guitarras,
 Al lanzar de los cohetes
 Que ardiendo los vientos rasgan;
 Pero la gente de guerra
 Es la que forma algazara,
 Porque dentro de dos soles
 Sale á esperar la canalla
 Que dirige Degollado
 Y á la ciudad amenaza.

III.

LA BATALLA DE CUEVITAS.

Degollado con sus fuertes
 Governa desde Colima;
 A Iniestra manda que marche
 A Tepic, y su consigna
 Es que se capte del pueblo
 Las sinceras simpatías;
 A Juan Rocha con sus tropas
 Para la ciudad envía,
 Para que cauto ó terrible
 Contra el enemigo embista;
 A Rojas deja que vague
 Como el tiempo lo permita,
 Con su enjambre de *chinacos*,
 De Zacoalco á Santa Anita;
 Y éstos ya como de lobos
 En manada ardiente giran,
 Ya son venados ligeros,
 Ya inquietables ardillas,
 Y ya atrevidos guerreros
 Que tocan en las garitas.
 Casanova con la pompa
 Que le era genial se alista,
 Y entre músicas marciales,
 Al tronar la artillería,
 Al resonar los fusiles,
 Entre atronadores vivas
 Orgullosos y prediciendo
 La victoria más cumplida,
 Toma triunfal la ancha ruta
 Que al Sur su curso encamina.
 Y en esa ancha carretera
 De Tapachula vecina,
 Hay un punto que le llaman
 Por ciertos signos *Cuevitas*;
 Porque es torciendo la senda.
 Un estrecho que limita
 Por un lado altas montañas
 Que al cielo se alzan altivas
 Con malezas, con espinos,
 Y con rocas esparcidas;
 Por otro, escalón alzando

Hasta formar honda sima;
 Llanuras y más llanuras
 Hasta cansarse la vista.
 Y aquel grupo de montañas
 Donde parecen más lisas
 Se ven unas oquedades
 Entre ramas escondidas
 En do se emboscan los hombres,
 Donde las fieras se abrigan
 Y do de Rojas las chusmas
 Escogieron sus guaridas.
 Allá toca Casanova,
 Allí á los de Rocha avistan,
 Allí se empieza el combate
 Con impetuosa energía.
 Los de Rojas que emboscados
 Los pasos del *mochos* espían,
 De improviso se abalanzan
 Sobre las contrarias filas,
 Matan, destrozan, incendian
 Con insaciable sevicia,
 Y queda por donde pasan
 La tierra con sangre tinta;
 El humo la luz apaga,
 Se alza horrenda gritería,
 Los cañones retumbando
 Metralla y terror vomitan,
 Y embriaga el olor que exhala
 La feroz carnicería.
 Entonces Núñez y Rocha,
 De Chesman en compañía,
 Avanzan con paso firme,
 Los peligros desafían,
 Y cuanto su paso estorba
 Lo abaten y lo aniquilan.
 ¡Victoria! gritan los nuestros,
 Los de Rojas lanzan vivas,
 Y Casanova y los suyos
 Se aturden y arremolinan.
 Mas Herrán no cede un punto
 Y relucha con porfía
 Hasta que cayó rendido,
 Lleno de honrosas heridas.
 Huyen en tropel los *mochos*,
 Casanova los imita,

Y se entra en Guadalajara
 Con la faz despavorida
 Porque veinticinco leguas
 Fué corriendo á toda *chilla*.
 En las manos de Blancarte,
 Que es su segundo, resigna
 Un mando que fué en las suyas
 Desgracia, si no ignominia.
 Blancarte, entero, valiente
 Y de condición altiva,
 A resistir se prepara,
 Las alturas fortifica,
 Y al vencedor orgulloso
 Impávido desafia.

Febrero 9 de 1895.

TRISTE Y SANGRIENTO ROMANCE

DEL SICIO

DE GUADALAJARA Y DEMAS QUE VERA EL

PIQ LECCOR.

I.

AQUI EMPIEZA.

La fuerza de Casanova
 Disminuída y con espanto,
 Se volvió á Guadalajara
 El desastre proclamando;
 Pero allí manda Blancarte
 Que valiente y denodado,
 Impera dando esperanzas,
 Sereno y la frente en alto
 Como enmedio de un torrente
 Vese un cedro levantado
 En que se estrellan las olas,
 En que chocan los peñascos,
 Y se alza en raíces de bronce
 Imponente y sosegado.
 Fortifica las alturas,
 De los templos fosos anchros
 Abre formando murallas
 Con diligencia y con cálculo;
 Y astuto y sagaz alienta
 La moral de sus soldados,
 Haciéndolos sueñen triunfos
 Y venguen á sus hermanos.
 Mientras, en torno á la traza
 Del centro fortificado
 Vaga la ardiente *chinaca*,
 Y va entrando Degollado

Entre vivas, entre flores,
 Entre músicas y cantos,
 Con apostura modesta,
 De valientes rodado,
 A quienes aplaude el pueblo
 Conforme que van pasando.
 Desde Belem se dirige,
 A Blancarte cortesano,
 Brindándole paz amiga,
 Los rencores ahuyentando;
 Y Blancarte le recibe
 Colérico y á balazos,
 Confiándole la contienda
 A la fuerza y á los hados.
 Blancarte ocupa la plaza,
 En Belem está Don Santos,
 Corre la gente aturdida,
 Rechinan los fuertes carros
 Henchidos de municiones;
 En las calles los caballos
 Parece que gritan: ¡guerra!
 Al golpear el empedrado;
 Santo Domingo potente,
 La Catedral, el Calvario,
 Y San Francisco y el Carmen
 Se ostentan amenazando
 Con formidables cañones,
 Con entusiastas soldados,
 Mientras la *chinaca* brava,
 Y á su cabeza Don Santos,
 Ven al *mocho* con desprecio
 Ambicionando el asalto.

II.

EL SITIO.

Se empeñó el sitio terrible
 Y hay furibundos encuentros,
 Gime doliente el herido,
 Sin sepulcro están los muertos,
 Las mujeres atraviesan
 Plazas y calles gimiendo;
 Cuando la luz aparece
 El humo obscurece el cielo.

En la noche la tiniebla
 Lanza penetrantes truenos;
 Y el clarín con alaridos
 Agudos, rasga los vientos.
 Blancarte con ansia espera
 De Miramón un refuerzo,
 Mientra á Degollado escribe,
 Coronado, el duranguense:
 «No te apresures, resiste
 «Esforzado unos momentos,
 «Allá voy con mis *tagarnos*:
 «Fe en la patria, el triunfo es nuestro.»
 Entretanto cien combates
 Se sucedían sin éxito,
 Haciendo vulgar lo heroico
 Y rutina lo sangriento:
 La matanza indiferente;
 Despreciables los incendios;
 Así fué Santo Domingo,
 Que con empuje violento
 Los de Degollado atacan,
 Y defienden impertérritos
 Los de Blancarte valientes
 Muerte y terror esparciendo;
 Pero les embiste Rocha,
 A quien llaman el *purero*,
 Chesman, furioso entre escombros
 Avanza con Cruz Ahedo,
 Y Núñez, como un Aquiles,
 La espada en alto blandiendo,
 Arrolla, derriba, ahuyenta
 Cuanto le sale al encuentro,
 Hasta que en la lucha herido
 Exhala el último aliento,
 Con el laurel de los héroes
 Su hermosa frente ciñendo.
 El sol de Octubre aparece
 En la indecisión envuelto
 Y la ciudad convertida
 En lúgubre cementerio;
 El hambre recorre escuálida
 Los contrarios campamentos;
 Y en los hogares tranquilos
 Reinan el dolor y el miedo.
 Pero hondo rencor agita

Los encarnizados pechos;
 Y la indecisión aumenta
 De la ciudad el tormento.
 Las campanas enmudecen,
 El rüido mata el silencio,
 Las balas y no las aves,
 Vuelan en el éter negro;
 Y la fetidez denuncia
 A los insepultos cuerpos;
 Están las puertas cerradas
 Y los balcones desiertos.
 Cuando hay momentos que cesa
 La lucha tenaz y el fuego,
 En grupo sale la gente
 Con tumulto y atropello
 A los puntos, que aunque escaso,
 Pueda adquirir alimento.
 Es un volcán formidable
 De San Francisco el convento;
 El Carmen vomita llamas;
 Está la Merced ardiendo;
 En la banqueta y las piedras
 Se miran rostros sangrientos,
 Entre cajones de parque
 Y despojos y pertrechos.
 Los de Degollado forman,
 Como en círculo, el incendio,
 Que se estrecha, que se aleja,
 Y que en altos parapetos
 Lanzan torrentes de plomo
 Y estalla el cañón rugiendo.
 Miramón, en tanto, escribe
 A Blancarte: allá voy luego.
 Al fin llega Coronado
 Impetuoso, audaz, soberbio;
 Y el *chinaco* le saluda
 Con repiques y contento;
 Y el *mocho* lanzando injurias
 De furor y de despecho.
 Los combates se suceden,
 El sitio estrecha su cerco,
 Y el asalto se prepara
 Decisivo y estupendo;
 Chesman dispone unas minas
 En el más hondo secreto.

III.

EL ASALTO.

A su fin tocaba Octubre,
 Y una noche en que el espanto
 Dominaba entre las sombras,
 De hondo terror palpitando,
 Da sus órdenes terribles
 El inmortal Degollado:
 Varios ataques dispone
 Con inesperado engaño,
 Mientras se cuida del túnel
 Tremebundo del Santuario;
 Y á una señal convenida
 Horrisona, con escándalo,
 Desgarrando las entrañas
 Del horrible subterráneo,
 Revienta la horrenda mina
 Puesta bajo del Santuario,
 Volando en trozos los muros,
 Muertos y escombros regando;
 Humo, polvo, armas y piedras
 Forman remolino en lo alto;
 Arrancados á sus dueños
 Giran cabezas y brazos;
 Y la locura espantosa
 La ciudad recorre aullando;
 Retiembla crugiendo el suelo;
 La ruina detiene el paso,
 Mas por allí se abalanzan
 La *chinaca* y los soldados,
 Y sangre, terror y muerte
 Y desastres proclamando
 Entre indecibles horrores
 Dan el triunfo á Degollado.

Se han firmado los convenios
 En que Blancarte esforzado
 Queda en San Francisco preso
 Y á Ogazón se entrega el mando.

Febrero de 1895.